

HITLER: LA MÁSCARA, LA METÁFORA, EL MITO

Aníbal Romero

(Especial para el Papel Literario de *El Nacional*, Abril 2005)

1. La Máscara.

Casi sin excepción, los principales biógrafos de Hitler se muestran extrañados ante el contraste entre, por una parte, su persona privada, tediosa, repelente, más bien insignificante, de gustos banales —si excluimos su entusiasmo por la gran música de Wagner—, y de otro lado su inmenso impacto histórico, su enorme capacidad destructiva y el poder casi hipnótico que por años ejerció sobre millones de personas. Semejante extrañeza, no obstante, no tiene justificación alguna. La compleja personalidad de Hitler integraba aspectos contrastantes, y se equivocan quienes piensan que el Führer nazi escapa por su maldad y radicalismo a la explicación histórica. Es cierto que en Hitler se mostraron realidades enigmáticas, y que no resulta fácil entender y asimilar razonablemente sus motivaciones, su delirio, su voluntad implacable de llegar a los extremos; pero no es verdad que su vida sea tan sólo un enigma. Todos los seres humanos tenemos misterios alojados en el alma, y como dijo Malraux, en última instancia no somos sino “un miserable montoncito de secretos”. En el caso particular de Hitler, lo que asombra a los biógrafos, me parece, no es realmente el acertijo de su persona privada, sino la fuerza impresionante de su impacto sobre la historia moderna.

Tampoco tiene sentido preguntarse qué explica lo ocurrido: ¿Hitler o los alemanes de su tiempo? ¿El individuo o las condiciones sociales en que actuó? De nuevo, se impone una postura de equilibrio, pues como lo sostuvo el gran historiador de las religiones Owen Chadwick con relación a otro contexto histórico: “La Reforma protestante hubiese ocurrido sin Lutero. Pero sin Lutero no hubiese ocurrido del modo en que ocurrió”. De Hitler podría afirmarse algo similar: Es posible que en los años veinte y treinta del siglo pasado Alemania se hubiese visto colvulsionada por grandes tormentas políticas, aún si los nazis no hubiesen existido, y es también probable que hubiese estallado una guerra europea aún sin Hitler allí para contribuir a desatarla. Pero sin Hitler, definitivamente, lo ocurrido no hubiese pasado del modo en que ocurrió.

Hitler llegó al poder en buena medida gracias a su carisma personal, su perseverancia y sus incuestionables destrezas políticas —y uso el término en un sentido instrumental, sin connotaciones éticas. Ahora bien, además de estas cualidades individuales, y del entorno de crisis socioeconómica e inestabilidad internacional en que desarrolló su lucha, Hitler fue ayudado de manera fundamental por la miopía, subestimación, divisiones y estupidez de sus adversarios en la derecha conservadora, la izquierda moderada —socialdemócrata— y el partido comunista alemán guiado por Moscú. A su máscara privada —que utilizaba para

acrecentar cierta aura de misterio que le rodeaba y que procuraba alentar—, Hitler añadía en determinadas coyunturas una máscara pública, con la cual intentaba engañar y desorientar a sus contrincantes y de esa forma lograr más fácilmente sus metas. Eso hizo con Chamberlain, el ingenuo y débil Primer Ministro británico de entonces, y con muchos que negociaron con él y hasta llegaron a pensar que eran ellos quienes le engañaban. Esa máscara pública, la de un consumado actor que pretendía a veces estar dispuesto a admitir límites a sus metas, continúa confundiendo a algunos intérpretes, pero conviene tener claro que en lo esencial Hitler no ocultó sus verdaderas intenciones y propósitos, los expuso en centenares de discursos y alocuciones, y hasta escribió y publicó un libro, en el que con prolijo detalle desplegó su plan, centrado en la conquista geopolítica y el odio racial.

Sus adversarios, sin embargo, prefirieron no creerle o hacerlo sólo a medias. Sin la ceguera de los conservadores en torno al Presidente Hindenburg, y sin la vocación suicida de una izquierda alemana —la democrática y la comunista— que optó por despedazarse entre sí en lugar de combatir unida la mortal amenaza que la acechaba, Hitler hubiese hallado obstáculos prácticamente insuperables en su ruta hacia el poder. Al final, mediante métodos democráticos pero sin jamás obtener una mayoría electoral decisiva, al Führer nazi le fue entregado el mando de una República herida de muerte por la mediocridad y egoísmo de sus élites dirigentes. De inmediato, Hitler y sus secuaces procedieron a dismantelar la democracia desde dentro de ella misma, y la Europa civilizada fue incapaz de detenerle a tiempo. Cuando tuvo que hacerlo, forzada por el propio Hitler, el avance militar alemán ya había alcanzado tal nivel que solamente una guerra generalizada, al costo de decenas de millones de muertos, pudo al fin derrotarle.

2. La Metáfora.

El Führer nazi se ha convertido, con sobradas razones, en una especie de metáfora del mal en nuestra época, y no debemos olvidar que —en palabras de Georg Lakoff— “Las metáforas pueden matar”. Fue Aristóteles, en su *Poética*, quien definió la metáfora como “traslación de nombres”, como el método de “trasladar a una cosa un nombre que designa otra”. Hitler es el mal, de acuerdo con la popular metáfora de nuestros días. Como ya dije, hay razones para ello y no voy a extenderme al respecto acá. Quiero eso sí señalar un peligro: que la metáfora oculte parte de la verdad en lugar de revelarla, y que sea utilizada para satanizar a un único individuo, minimizando o pasando por alto la responsabilidad colectiva que siempre está detrás de las tragedias históricas.

La culpa por eventos de la magnitud de la Segunda Guerra Mundial, y el Holocausto del pueblo judío a manos de los nazis, no es exclusiva de Hitler. En tal sentido, y como apunta Karl Jaspers, cabe distinguir entre una culpa criminal, una culpa política, una culpa moral y una culpa “metafísica”. La culpa criminal cubre actos demostrables que infringen leyes inequívocas. La culpa política alcanza a cada persona, corresponsable de cómo sea gobernada. La culpa moral se refiere a las acciones u omisiones que cada uno lleva a cabo como individuo y de las cuales juzga la propia conciencia. La culpa metafísica, por último, nos hace a cada uno responsable de los agravios, crímenes e injusticias que se

sucedan en nuestra presencia o con nuestro conocimiento: “Si no hago lo que puedo por impedirlos, soy también culpable”.

En el caso de la Alemania nazi, y en todos los casos en que la libertad y la dignidad humanas son humilladas y aplastadas, se aplica lo que Eric Voegelin —siguiendo a Platón— denomina el “principio antropológico”, es decir, la verdad según la cual la *polis* es la expresión del individuo, y la cualidad de la sociedad es definida por el talante moral de sus miembros. La “metáfora Hitler” no basta para asignar con justicia las culpas por los horrores ocurridos bajo su mando político y militar. De igual manera, en todo momento y lugar, los individuos somos parte del drama colectivo, y no podemos renunciar a nuestra cuota de responsabilidad moral y política por lo que tiene lugar en nuestro entorno.

La tragedia de los pueblos no es ajena a esos mismos pueblos, y si Platón tiene razón —y seguramente es así en este caso— los pueblos padecen lo que merecen padecer, por sus propias fallas y limitaciones morales, por su egoísmo, su ligereza, su crueldad, su ignorancia y resentimientos. No nos es dado, con legitimidad, excluirnos de la culpa colectiva. Sin el apoyo de millones de sus compatriotas Hitler no hubiese podido hacer lo que hizo. Pero lo mismo se aplica a Lenin, a Stalin, a Mao, a Castro, a todos los dictadores y caudillos mesiánicos de la historia. No podemos, aunque queramos, hacer de Hitler un mero chivo expiatorio del mal en nuestra época, aunque él haya sido ingrediente crucial de ese mal. Es inútil e injusto, por otra parte, satanizar en su totalidad al pueblo alemán de ese tiempo. Aunque el mal ejercido fue grotesco, no le pertenece de manera exclusiva. La traición de las democracias europeas, ante sí mismas y ante el mundo, dejó a millones de alemanes que se oponían a Hitler en la orfandad. Casos en cierto sentido semejantes se repiten hoy día.

3. El Mito.

Hitler se ha convertido en mito por su radicalismo, por haber llegado a inimaginables extremos, por haber puesto de manifiesto una voluntad sin límites. Pero algunos se niegan a admitir un aspecto clave en la explicación de su figura histórica: Hitler fue un verdadero revolucionario, si por ello entendemos, siguiendo a Bracher, a quien sabe unir una visión de cambio radical con la aptitud para suscitar, movilizar y conducir las fuerzas necesarias para llevarlo a cabo. En función de esos criterios es obligatorio sostener que Hitler fue el prototipo del revolucionario.

Resulta difícil imaginar a un verdadero revolucionario que no posea un arraigado compromiso con sus creencias, con las convicciones que le impulsan y motivan a los demás a seguirle. Un buen actor puede fingir que cree, pero cuesta trabajo presumir que un actor sea capaz de engañar a los demás de manera tan eficaz que les empuje a los sacrificios, hazañas, derrotas y frustraciones que han desatado hombres como Lenin y Hitler, entre otros. El Führer nazi creía en lo que predicaba, y su magnetismo sobre sus seguidores se explica si tomamos en serio lo dicho por Nietzsche: “Los seres humanos creen en la verdad de lo que parece ser firmemente creído”.

De su lado, el poeta Von Hofmannsthal nos recuerda que “La política es magia. Quien sepa extraer fuerzas de lo profundo, será seguido”. Entender a Hitler y sus efectos históricos exige dar su justa importancia a los factores emocionales en la política, a las pasiones que en determinadas circunstancias se despliegan en el horizonte de los pueblos, y son a la vez encarnadas y canalizadas por un individuo. “El éxito de Hitler — escribe Safranski— es un ejemplo extremo de cómo la historia está dirigida en gran medida por la locura”. Hitler fue un tentador, escuchado y seguido por millones, y también un “seductor”, en el sentido que da al término Kierkegaard en su *Diario de un seductor*. En este marco el seductor es un rufián, moralmente hablando, pero capaz de arrastrar a los demás a un abismo.

El nazismo, además de ideología y movimiento político radical, fue una especie de culto, y Hitler tuvo la terrible y atinada intuición de que a un vasto sector del pueblo alemán de la época podía tratarse “como si fuese una tribu”. De allí, nos dice J. M. Domenach, “el fulgurante éxito de sus sortilegios, de su mitología y de sus emblemas. Instintivamente supo encontrar y recrear los rasgos fundamentales de una sociedad primitiva”. Hitler nos mostró que el horror también forma parte de lo humano, y que podemos retroceder a la barbarie.

Lo que no debemos jamás perder de vista es que este tipo de fenómeno colectivo, el de la sumisión psicológica de un pueblo, no puede atribuirse exclusivamente al carisma de un líder, sino que tiene mucho que ver con las características, peculiaridades, y grietas síquicas y éticas del pueblo mismo en determinadas condiciones históricas. Hitler —nos alerta su mejor biógrafo— dio voz a las masas y a través suyo las masas hablaron (J. Fest). En lugar de ser los rasgos que le separaban de las masas los que le llevaron donde llegó, fueron más bien los que le asemejaban a la mayoría, y que Hitler encarnaba, los que explican su éxito. Desde otra perspectiva, su fracaso se enraizó en lo que Esquilo, Sófocles y Eurípides, en sus grandes tragedias, llamaron *hubris* o “pecado de orgullo”, es decir, la tendencia a jugar con el destino, a desdeñar los límites de lo humano, a no saber cuándo detenerse, a apostar siempre el todo por el todo, a creerse, en síntesis, mucho más que un “miserable montoncito de secretos”.

La empresa de Hitler, escribió Charles De Gaulle, “fue sobrehumana e inhumana”. El drama sangriento del que formó parte pesa sobre nuestra conciencia histórica como una advertencia: la maldad individual, en el plano político, no puede ser desvinculada de las fallas morales de la colectividad en que esa maldad germina. Si no somos capaces de proteger y defender la libertad y la dignidad humanas, seremos inevitablemente cómplices de su agonía y muerte.